

quiu de egregios personajes ó de viajeros ilustres. En estos casos es, pues, cuando las sevillanas llegan en crecido número al circo taurino. Entre las damas de elevada *clase* hay algunas que tienen que hacerlo por precision; van, digámoslo así, de un modo oficial y no pueden negarse á ello á no ser por justificados motivos. Otras, y no son las ménos, concurren por el inocente deseo de no señalarse por su ausencia en una funcion de que al dia siguiente han de ocuparse los periódicos de la localidad, bien insertando en interminable lista los nombres de todos, ó ya cuando ménos agregando, despues de reseñar la fiesta, aquellas tan conocidas frases, que parecen estereotipadas para casos análogos: «Sólo añadiremos que entre la concurrencia brillaban como estrellas las más distinguidas é ilustres damas de la buena sociedad,» etc.

Otras muchas asisten, especialmente las jóvenes, con el deseo de ver y ser vistas, de examinar las galas de las demas y lucir las suyas, propio todo ello de la edad.

A pesar de lo que dejamos dicho, el número de señoras que se reúne es exiguo comparado con lo que sería si existiese una verdadera aficion. Todas ó la mayor parte ocúpanse con los gemelos en la mano durante la lidia en observar á los espectadores, quizás deseosas de fijarse lo ménos posible en el espectáculo, tal vez por apartar de sus ánimos el disgusto que les causa la representacion de aquel drama tan real y sangriento como repugnante y horrible.

Las mujeres del pueblo, con bien cortas excepciones, tampoco son partidarias de esta diversion, y si acuden muchas á las corridas extraordinarias, lo hacen en su mayoría por pura curiosidad. Incítalas el deseo de ver agrupados en aquel vasto recinto á los personajes célebres, á las señoras elegantes, á los extranjeros, y especialmente á las inglesas, por si pueden notar en sus actitudes durante la corrida, alguna excentricidad de que hacer risueños comentarios despues. Van deseosas de admirar los adornos de colgaduras y gallardetes que ostenta la plaza, las vistosas evoluciones del despejo; gozan en contemplar aquella hirviente multitud que desde la arena del circo repliégame, y, asaltando los tendidos, se aglomera y bulle buscando cómodo asiento; el lujoso equipaje de la cuadrilla. . . cualquierá, en fin, de aquellos accidentes, atráelas más á nuestro entender que las aterradoras escenas que deben seguir á tan risueños y animados preliminares.

Los *touristes* que lleguen á Sevilla poco ménos que de paso, y al presenciar estas corridas observen, sin fijarse en los motivos que para ello puedan existir, la notable representacion que en la concurrencia tiene nuestro sexo, ¿cómo dejarán de afirmar que las sevillanas, sin excluir clase alguna, van á los toros con decidida

aficion y con más entusiasmo que los hombres? Si hasta ahora semejante aserto no logró, que sepamos, la autoridad de aparecer en letras de molde, ¿hay certeza de que sea siempre así? ¿No puede cualquier extranjero consignarlo en sus *impresiones de viaje* sin temor de aparecer injusto, sino ántes bien creyendo prodigar elogios?

Ajenos estarán por cierto de imaginar los que tan errados juicios formen, que lo mismo bajo la blanca toca de encaje, con inimitable gracia prendida, que ostenta la jôven de alta clase, que bajo la negra mantilla ó el abigarrado pañolon que sobre su pecho cruzan las hijas del pueblo, palpita durante la lidia un corazon presa de la más horrible inquietud, manifestando en sus acelerados latidos que son superiores á sus fuerzas las duras emociones que recibe.

Si cuanto llevamos dicho pudiera explicarse al viajero que anota en su cartera lo que ve, sin tratar de profundizarlo, para describir luego á su antojo nuestras costumbres, acaso contrariado en su objeto atreveríase á ponerlo en duda. Y sin embargo, es una gran verdad. Apenas el primer toro abandona su cárcel y derribando por tierra al picador que acaba de herirle, véngase haciendo trizas al pobre caballo, que aquel, como medio de salvacion entrega á su furia, instantáneamente el rostro de las señoras, contraído por el terror, pierde su natural alegría; anúblanse sus ojos, truécase el ligero sonrosado de sus mejillas en mortal palidez, sin que la aparente calma ó la forzada sonrisa de algunas, oculten las dolorosas sensaciones que experimentan. Entretanto las hijas del pueblo, que no temen hacer pública manifestacion de sus sentimientos, lanzan ayes y derraman lágrimas al presenciar aquellos horrores.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

(Continúa.)

LUIS MONROY

Y SU GRAN CUADRO

“LOS HUÉRFANOS EN EL SEPULCRO DE LA MADRE.”

Un testimonio de simpatía y admiracion á la insigne escritora española Concepcion Gimeno de Flaquer.

I. OJEDA VERDEZCO.

El naturalismo de Courbet, en la pintura, como lo entiende Luis Monroy, es el verdadero naturalismo. Nadie conoce ni ha oido nombrar á Monroy; se trata de un mexicano, y pocos conocen sus cuadros. Si él fuera un quidam con millones, un torero de pega ó un ente cursi de título trasnochado, inexplicable sería la oscuridad de su nombre. . . Mas se trata de un pintor, y no digo egregio, que sería imperdonable falta